

LA AGENDA OCULTA DE LA ECONOMIA NEOCLASICA Y LA HIPOTESIS DE EXPECTATIVAS RACIONALES

Introducción

En su obra de 1982, *The Foundations of Economic Method*, Lawrence Boland indaga en las variadas y problemáticas concepciones metodológicas y epistemológicas que decoran buena parte de la Economía Neoclásica. La tesis que Boland plantea allí es que existe lo que denomina una “agenda oculta” que constituye la clave a la luz de la cual deben leerse muchas teorías neoclásicas. En esta nota comentaremos sobre un terreno donde el argumento general de Boland parece particularmente exitoso, la vinculación entre este conjunto de preceptos metodológicos y la hipótesis de expectativas racionales.

¿Qué relación existe entre la agenda oculta y la hipótesis de expectativas racionales? Para contestar esta pregunta consideraremos separadamente los dos principales vicios metodológicos atribuidos por Boland al programa de investigación neoclásico: la presencia de la inducción y el compromiso con el individualismo psicologista.

La inducción

Desde el comienzo de la obra, se delinean dos posturas metodológicas en las que la inducción se manifiesta: el inductivismo y el convencionalismo. Boland relaciona estas dos posturas, sosteniendo que ambas aceptan que hay que lidiar con el *problema de la inducción*. En particular, encuentra que las teorías del conocimiento que subyacen a ambas posturas metodológicas cuantifican el conocimiento, suponiendo que la cantidad de información tiene relación con la distancia a la verdad, sea lo que esto fuere. Sin embargo, mientras el inductivismo es ingenuo y simple, el convencionalismo es más sofisticado y reconoce que además existe un *problema con la inducción*¹. Este reconocimiento lleva a los convencionalistas a comparar teorías rivales basándose en criterios que no pueden conferir estatus de verdad, sino solamente adecuación relativa a esos criterios. Esto genera lo que Boland llama el *problema de las convenciones*, es decir, el circular desafío de seleccionar criterios para elegir los criterios de selección.

¿Qué papel cumple en ese marco la hipótesis de expectativas racionales? En principio, la hipótesis de expectativas racionales simplifica la consideración del proceso de adquisición de información, situando al individuo en una situación óptima y parcialmente estacionaria². Dados los supuestos de que la información siempre es útil y de que adquirirla es costoso, este óptimo es con información finita³ y no conduce a una certeza absoluta. Implícitamente este aspecto del convencionalismo asume que la información nos acerca sólo asintóticamente a un estado de certeza, lo que significa admitir que completar la inducción es imposible. Esto implica que la hipótesis de expectativas racionales contiene un reconocimiento de que el problema que los inductivistas querían resolver, es un problema insoluble. Pero el planteo va más allá: bajo estas hipótesis, aún si la inducción fuera lógicamente posible, no sería económicamente deseable⁴. Es decir, requerir una prueba absoluta sería exigir algo no sólo imposible sino también inconveniente. De esta forma, la hipótesis de expectativas racionales no solamente acepta el *problema de la inducción* y reconoce el *problema con la inducción*, sino que además brinda un criterio convencionalista para resolver el *problema de las convenciones*: uno debe elegir aquella teoría que maximice los beneficios de la información de la que se dispone.

El individualismo psicologista

Según Boland, el individualismo psicologista es la restricción metodológica de aceptar solamente *givens* naturales y *givens* psicológicos como variables exógenas. Esto sitúa sobre el programa de investigación neoclásico la carga de explicar cualquier arreglo institucional que se utilice en sus construcciones teóricas.

Hecha esta consideración, el principal servicio que la hipótesis de expectativas racionales presta al individualismo psicologista es eliminar el conocimiento de los agentes y su adquisición como fuente de posibles variables exógenas no permitidas. Esto sucede al suponer que todos los individuos tienen un *given natural* particular: la función de posibilidades de aprendizaje. Parece claro que si los individuos obtienen conocimiento⁵ optimizando esta función sujetos a restricciones de costo, no queda lugar para plantear las expectativas más que como un resultado de la interacción entre la naturaleza y las preferencias individuales.

Pero al postular un comportamiento optimizador, la hipótesis de expectativas racionales implica además que las expectativas de los individuos serán compatibles con cualquier situación de equilibrio, en el sentido de que el estado incierto del conocimiento del individuo no será un factor desequilibrante, ya que el costo de atenuar la incertidumbre sobrepasa los potenciales beneficios.

Otras consideraciones

Aunque es evidente que no sostiene la versión de la teoría convencionalista del conocimiento que expone, Boland suspende el juicio directo para concentrarse en las relaciones con la agenda metodológica del programa de investigación neoclásico. A pesar de que esto es completamente legítimo, queremos profundizar una crítica frecuente a la teoría neoclásica de la elección racional, que tiene consecuencias especialmente interesantes para el caso que nos ocupa. Debemos notar que el resultado de este ejercicio será una crítica relevante para el conjunto de todos los economistas que suscriban plenamente el convencionalismo que Boland caracteriza. Aunque este conjunto fuera vacío, no puede negarse que las ideas que Boland expone están presentes en algunos discursos neoclásicos.

En la teoría típica del consumidor⁶, cabe preguntarse cómo es que los agentes son capaces de evaluar canastas de bienes que nunca han consumido. De esta forma, el supuesto de completitud de las preferencias junto con la optimización sobre el mapa completo, es equivalente a admitir que los agentes tienen conocimiento perfecto sobre sus propios gustos. Pero esos gustos no son otra cosa que una relación ordinal entre canastas de bienes, lo que implica que el consumidor neoclásico estándar está dotado de conocimiento perfecto del espacio de consumo.

Por el momento, parecería que la fuerza de esta crítica a la teoría neoclásica del consumo depende estrictamente de la validez y relevancia que se le asigne a las críticas a asumir conocimiento perfecto sobre los bienes de consumo. Sin embargo, consideremos la idea convencionalista de que la información es un bien más, sobre cuyo consumo (adquisición) los agentes pueden optimizar. La pregunta es: ¿cómo puede ser posible para un individuo analizar los beneficios potenciales de recolectar *nueva* información, información que, por definición, no conoce? En este caso, ni siquiera podemos asumir conocimiento perfecto para salvar la situación, porque implicaría una contradicción directa a la necesidad supuesta de adquirir conocimiento.

La respuesta que Boland adscribiría a uno de sus convencionalistas, parece tan clara como inaceptable: suponer que la información tiene utilidad marginal positiva pero decreciente. Este supuesto solucionaría el problema porque podríamos “percibir la optimalidad” en aquel momento en que notemos que recolectar un *bit* más tiene más costos que beneficios⁷.

Por un lado, admitir este supuesto sería declararse explícitamente inductivista, ya que implica asumir que existe una relación directa entre el tamaño del conjunto de

información y la utilidad que este reporta⁸. Además, parece claro que aún aceptando este supuesto cuando se refiere a la elección de bienes, la información plantea el problema esencial y singular de que su adquisición y su conocimiento son procesos inseparables. No es lo mismo suponer que conocemos perfectamente la relación de preferencia entre diferentes canastas de bienes que nunca hemos consumido, que suponer que tenemos perfecto conocimiento de la relación ordinal entre dos conjuntos de información desconocidos. Aunque podamos saber de qué trata la información, nunca podríamos establecer preferencia sin conocer el contenido de los diferentes conjuntos⁹. Y si, por el contrario, conociésemos el contenido, ya habríamos adquirido la información y no tendríamos ninguna decisión que tomar.

La conclusión básica es una coincidencia con Boland. Una teoría del conocimiento, tal como la que él adscribe al convencionalismo con expectativas racionales es insostenible. Ni siquiera un walrasiano fanático¹⁰, dispuesto a asumir conocimiento perfecto sobre los beneficios de la información, podría salvarla, ya que este supuesto es esencialmente incompatible con las características de la información desconocida y, por lo tanto, es inaplicable. Un problema muy diferente es si realmente alguien profesa este credo tan problemático. Sin embargo, esta es una cuestión empírica que atañe la relevancia y no la corrección del argumento de Boland (relevancia de la que hemos decidido no ocuparnos en esta ocasión).

Leandro Gorno (FCE-UBA)

Bibliografía

Boland, L. (1982). *The Foundations of Economic Method*. George Allen & Unwin.

Mas-Colell, A., M. D. Whinston y J. R. Green(1995). *Microeconomic Theory* Oxford University Press.

Samuelson, P. A. (1980). *Foundations of Economic Analysis*. Enlarged edition. Harvard University Press.

Walras, L. (1909). "Economie et Mécanique". *Bulletin de la Société Vaudoise de Sciences Naturelles*. Vol. 45, pp. 313- 325.

Notas

¹ Específicamente en este contexto, el problema es que la inducción es imposible porque requeriría un infinito de tiempo y de información.

² La estacionariedad es parcial en el sentido de que el estado del conjunto de información es compatible con cualquier estado de equilibrio, pero no lo garantiza. Equivalentemente, no hay tendencia al cambio proveniente del estado del conjunto de información del individuo.

³ El individuo tendrá incentivos para adquirir información hasta aquél momento en que la utilidad marginal de un bit extra sea igual al costo marginal de dicho bit.

⁴ Recolectar información más allá de cierta cantidad finita sería subóptimo, ya que implicaría soportar costos marginales mayores que el ingreso marginal producido por la nueva información.

⁵ Debe notarse que para un convencionalista el conocimiento es identificable con el conjunto de información del individuo.

⁶ Para una completa exposición del *framework* de la teoría neoclásica del consumo, véase por ejemplo, Samuelson (1983) o Mas-Collel et al. (1995).

⁷ El análisis se expone en términos monetarios para seguir la exposición de Boland. El argumento podría mantenerse en términos estrictamente individualistas, reemplazando beneficio por utilidad y costo por utilidad del costo de oportunidad.

⁸ Desde esa perspectiva, se supone que la utilidad de un conjunto de información está relacionada con el grado de probabilidad de ser verdadera.

⁹ Se podría argumentar que existe información que puede ser descrita sin ser revelada (por ejemplo, un informante que ofrece a un fiscal el nombre del autor de un crimen). Sin embargo, en términos psicólogos, la verdadera valoración de esa información sólo puede llevarse a cabo luego de consumirla (adquirirla). Uno podría replicar que esa objeción también es extensible al consumo de bienes regulares. Aunque esto parece justo, debe reconocerse que la naturaleza de la información hace que el primer caso parezca mucho más sólido.

¹⁰ La evidencia sugiere que Walras no encontraba que el supuesto de conocimiento perfecto fuese demasiado problemático para sus objetivos. Aunque, ciertamente este supuesto le permitió mantener cerrada la caja de Pandora y avanzar en la formalización, es notable que ilustres contemporáneos suyos no compartían esta convicción. En el párrafo final de una carta fechada en 1901 y que fue incluida como apéndice en el ensayo de Walras "Économique et Mécanique" (1909), H. Poincaré, probablemente el matemático más brillante de su época, escribió: « *Vous, vous regardez les hommes comme infiniment égoïstes et infiniment clairvoyants. La première hypothèse peut-être admise dans une première approximation, mais la deuxième nécessiterait peut-être quelques réserves* ».